

ESPAÑA, UNA GRAN AVENTURA

Juan RODRÍGUEZ GARAT



(Reserva)



ENEMOS los españoles una visión pesimista de nuestra historia. Quizá porque la hemos conocido a través de las interpretaciones de autores extranjeros, algo inevitable cuando son otros pueblos los que disponen de los recursos que a nosotros nos faltan para investigar, incluso en nuestros propios archivos. Quienes nos cuentan España desde fuera podrán estar más o menos influidos por la *leyenda negra*, esa propaganda creada en su día contra el Imperio español y que aún hoy, ya desacreditada por los expertos, resiste como tópico. Pero, incluso en el mejor de los casos, tenderán a analizar los hechos históricos desde su propia perspectiva, casi siempre lejana y en ocasiones parcial o sesgada.

Hace unos meses, en uno de los actos de conmemoración del quinto centenario de la primera vuelta al mundo, coincidí con un antiguo árbitro de fútbol, ya retirado. En el ambiente distendido de la copa de vino español que cerraba el acto, se quejaba el hombre de la pobre opinión que de él guardaba un conocido comentarista deportivo. Incluso cuando tenía una tarde perfecta, sin error alguno, el popular periodista no pasaba de admitir que —permítaseme mantener el nombre real discretamente oculto— «fulano hoy no ha estado mal»; mientras que de algunos otros, que el locutor tenía como mejores, lo peor que llegaba a decir en sus tardes más negras era que «hoy mengano no ha estado bien». Pues bien, muchos de los historiadores que más contribuyen a desentrañar nuestras raíces no concederán a nuestros antepasados más honor que el de, en ocasiones, no haber estado mal.

Pero no es cuestión de echar la culpa solo a los extranjeros, porque a nosotros mismos parece que nos gusta más la tragedia del héroe que lucha con denuedo contra un destino inexorable —como demuestra lo mucho que valoramos la carta de Churruga a su hermano, antes de Trafalgar, en la que le asegura: «... si llegas a saber que mi navío ha sido apresado, di que he muerto»— que la épica de un Cid Campeador, que si nos interesa, más que por sus

victorias, es por su injusto destierro, por ese «el ciego sol, la sed y la fatiga, por la terrible estepa castellana, al destierro, con doce de los suyos, polvo, sudor y hierro, el Cid cabalga...» con que Manuel Machado supo tocar nuestras fibras.

Y si este gusto por lo trágico nos afecta a todos, aún más lejos llegan nuestros intelectuales, que —como casi todos los del mundo— prefieren el drama a la epopeya, la crítica histórica a la apología. Nadie escribiría hoy sin sonrojarse eso de «Rey servido y patria honrada dirán mejor quién he sido, por la cruz de mi apellido y por la cruz de mi espada», que le dedicó Lope de Vega a don Álvaro de Bazán. Parece que, de alguna manera, pudieran sentir que aporta más a la humanidad el descubrir los defectos del héroe —muchas veces a partir del análisis de sus hazañas bajo prismas extemporáneos— que ensalzar sus valores. Y así se llegan a firmar obras, sean ensayos o películas, pretendidamente desmitificadoras que, artísticas o no, fracasan ante el público porque a pocos interesan. Porque, no nos engañemos, si a los héroes se les despoja de la épica, no queda nada en ellos que nos atraiga.

Tampoco es cuestión de echarnos a nosotros mismos toda la culpa. La secuencia de los acontecimientos que conforman la historia de España, en la que lógicamente van antes las victorias que jalonaron la conquista del Imperio que las derrotas que causaron su pérdida, nos deja inevitablemente un regusto triste. Trafalgar, Santiago de Cuba o Manila nos suenan más próximos y, sobre todo, más decisivos que Lepanto, la Isla Tercera o Cartagena de Indias.

El caso es que, por las razones que sea, la mayoría de los españoles nos sentimos cómodos en una u otra de dos posiciones que podríamos considerar extremas: la de quienes, atraídos por la *leyenda rosa*, buscan disculpas innecesarias para justificar nuestros fracasos históricos; y la de quienes, influidos por la *leyenda negra*, exigen que pidamos disculpas, también innecesarias, por nuestros éxitos.

Se equivocan los primeros, los que creen necesario justificarse con excusas como la que sin prueba alguna se atribuyó a Felipe II después de la pérdida de la Grande y Felicísima Armada: «Yo no he enviado mis barcos a luchar contra los elementos».

En mi tierra gallega, cuando a uno le dan una noticia luctuosa, como puede ser el fallecimiento de un conocido, es habitual preguntar: «Y mira, ¿murió porque murió o porque había de morir?». Para explicar la filosofía que inspira una pregunta tan peculiar a quienes no la han vivido desde niños, suelo recurrir al mundo del deporte. El Celta, hoy el único equipo gallego de primera división, gana algunos partidos porque los gana y pierde otros porque los pierde. De ahí viene la dificultad de acertar los resultados en las quinielas. Es cierto que gana más partidos cuando hace las cosas bien, y que el año anterior, en el que no lo hizo muy bien, se salvó del descenso por los pelos. Pero, al final, no importa demasiado cuántas victorias consiga el Celta:

la liga la ganan el Barcelona o el Real Madrid, que son «quienes la habían de ganar».

Si se me perdona la comparación, la Monarquía hispánica, que se comió el mundo durante buena parte del siglo XVI, habría alcanzado mayores éxitos de no haber cometido algunos de los errores que nos explican los historiadores, como también podría haber fracasado antes o más escandalosamente si no fuera por algunos notables aciertos de nuestros antepasados. Pero, al final, un pequeño conglomerado de reinos del suroeste de Europa, relativamente poco poblado, pobre en riquezas naturales y recién salido de ese extenuante proceso de ocho siglos que se llamó la Reconquista, no podía —no había de— comerse el mundo.

Los españoles, pese a la indiscutible talla de figuras como el Gran Capitán, Hernán Cortés o Álvaro de Bazán, nunca pudimos ganar esa liga y bastante hicimos con dejar la huella de nuestro idioma, de nuestra cultura y, si se quiere, de nuestra religión en tantos lugares del mundo (1).

Pero si se equivocan los partidarios de disimular nuestros errores, también se equivocan quienes quieren leer el pasado con los ojos de hoy. Se equivocan quienes pretenden derribar las estatuas de Cristóbal Colón por esclavista, tendencia de reciente aparición que denota un cierto radicalismo supremacista basado en la modernidad y que contrasta con la actitud de historiadores más



Retrato del gran marino español Álvaro de Bazán (1526–1588). (Foto: www.wikipedia.org).

(1) En palabras del prestigioso historiador británico Arnold J. TOYNBEE: «These Iberian pioneers performed an unparalleled service for Western Christendom. They expanded the horizon, and thereby potentially the domain, of the society they represented until it came to embrace all the habitable lands and navigable seas of the globe. It is owing in the first instance to this Iberian energy that Western Christendom has grown, like the grain of mustard seed in the parable, until it has become “the Great society”: a tree in whose branches all the nations of the Earth have come and lodged». *A Study of History*, vol. I.

prudentes, como nuestro capitán de navío Fernández Duro, que en el siglo XIX ya supo ver a Colón como un «hombre de su siglo» (2).

Esta moderna iconoclastia supone un error particularmente grave porque nace de la soberbia, olvidando que la humanidad sigue evolucionando y que es fácil que, si siguiera esta dinámica, quizá dentro de otros cinco siglos sean nuestras estatuas las derribadas. A lo mejor, entre otras muchas razones que solo se conocerán dentro de cinco siglos, por haber sido injustos con nuestros antepasados, que bastante hicieron bajándose del árbol hace unos seis millones de años para traernos, pasito a pasito, sacrificio a sacrificio, hasta donde hoy hemos llegado. Hasta donde, por cierto, se encuentran, sin mérito alguno por su parte, quienes se atribuyen la potestad de derribar sus estatuas.

En cualquier caso, si algo tienen en común los partidarios de la *leyenda rosa* y los de la *leyenda negra* es la tendencia a olvidar que la Historia no ha terminado, que la seguimos escribiendo cada día con nuestros actos. La historia de España no termina en Cuba o Filipinas, ni termina en la última guerra civil. La España de hoy, la España que hoy sentimos como nuestra la mayoría de los españoles, no es ni la de los desastres del 98 ni la de los odios —y los miedos— del 36.

A mí, que como marino he tenido la oportunidad de observar muchas veces desde la distancia a nuestra nación, y que, sin otro mérito que la edad, he sido testigo de su evolución en los últimos 40 años, me gusta pensar que al final de la segunda década del siglo XXI España está de vuelta. ¿De vuelta de qué? Para explicarme, y aprovechando que estamos celebrando el quinto centenario de la primera circunnavegación, permítanme una pequeña frivolidad: la de condensar nuestra historia, la historia de nuestros últimos cinco siglos, en los tres años que duró la hazaña de Juan Sebastián de Elcano.

Hace poco más de 500 años salía de Sevilla la Armada de la Especiería, bajo el mando de Magallanes. En las mismas fechas, y siguiendo una dinámica parecida, España, con un joven Carlos I, se abría a la era de los descubrimientos. Ambos líderes —Magallanes, que perseguía sus propios sueños, y Carlos I, que tenía potestad para definir cuáles eran los sueños de España— compartían algunas de las razones. Ambos anhelaban las riquezas de las especias: uno para sí, el otro para sostener sus ambiciones imperiales.

El viaje comenzó bien, tanto para la Armada de la Especiería, impulsada por los vientos alisios, como para España, a la que impulsaban los de la historia. Todo confluía para hacer posible la gesta: el aliciente de las especias, las mejoras en la astronomía, en el arte de marear y en la construcción naval, y la energía de un pueblo que, finalizada la Reconquista, necesitaba abrir nuevos

(2) FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Armada Española, desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón*. Tomo I. Capítulo IX.

horizontes. En esas circunstancias, el océano Atlántico, casi inexplorado todavía, cambiaba su papel histórico y se convertía de barrera infranqueable en un camino abierto, tan lleno de promesas para los expedicionarios como para el naciente Imperio hispánico.

A Magallanes, el camino fácil se le terminó cuando, después de explorar sin éxito el Río de la Plata, se vio en la necesidad de continuar hacia el sur. A España, en su propia escala de tiempos, también se le puso cuesta arriba cuando a los descubrimientos siguieron las conquistas. Fue esta una época exigente para Magallanes, que hubo de demostrar toda la tenacidad de que era capaz enfrentándose a rebeliones como la de la bahía de San Julián, rescatando todo lo recuperable del naufragio de la *Santiago* y sobreponiéndose a la deserción de la *San Antonio* para conseguir al fin atravesar el estrecho que hoy lleva su nombre y entrar en el océano que llamó Pacífico. También Carlos I y su sucesor, Felipe II, se enfrentaron a revueltas internas: los comuneros, las germanías, la rebelión de los moriscos y, sin duda la más decisiva, la Reforma religiosa de Lutero. También sufrieron derrotas, como la de Argel; naufragios, como el de la Gran Armada, y deserciones, como la de las Provincias Unidas. Pero ambos monarcas fueron capaces de sobreponerse a la adversidad y continuar adelante hasta llegar a construir ese Imperio en el que nunca se ponía el sol.

Quizá el momento más feliz para la Armada de la Especiería fue la llegada al cabo Deseado. El sueño de Magallanes se hacía realidad. Por su parte, para la Monarquía hispánica todos los sueños parecerían realizables durante los pocos años que van desde Lepanto hasta las victorias de don Álvaro de Bazán en las Azores, que completaron la incorporación al Imperio de la corona de Portugal y todas sus posesiones de ultramar. Pero, como es sabido, todo lo que sube debe bajar. Desde esos momentos singularmente felices, las cosas empezaron a torcerse. Cruzar el Pacífico fue tan duro para Magallanes como para la Monarquía hispánica defender un gigantesco imperio marítimo que, paradójicamente, tenía en la mar su talón de Aquiles. Así, a las islas Filipinas arribaron las tres naos de Magallanes deterioradas hasta el límite y con las dotaciones exhaustas después de más de tres meses de navegación incierta. De la misma manera, llegó España exhausta al siglo XVIII, a la Guerra de Sucesión y al cambio de dinastía, tras dos siglos de defender su imperio ultramarino contra Inglaterra, Francia y Holanda. Algo que hizo con sorprendente éxito, a pesar del paulatino retroceso en tierra europea, donde el Tratado de Utrecht puso fin a unas ambiciones que desde la perspectiva de hoy se revelan como inalcanzables.

Para expresar todas las dificultades de la Monarquía en esos agotadores años, nadie mejor que Francisco de Quevedo en su soneto que comienza: «Miré los muros de la patria mía, si un tiempo fuertes ya desmoronados, de la carrera de la edad cansados...». Los muros de España, como los barcos de Magallanes, se resintieron sin duda de algunos errores, casi siempre provocados por el exceso de ambición; pero, más que de la carrera de la

edad, se agotaron en la inmensa tarea de defender el Imperio contra todos, tarea que algunos han querido ennoblecer recordándonos la imagen del león luchando contra la jauría (3). Reconozcamos que, aunque huele a *leyenda rosa*, la imagen no deja de ser atractiva... por más que no sean los leones lo que se caza con perros. Quizá los osos sí, pero ¿quién quiere compararse con un oso? (4).

La llegada a Filipinas supuso un respiro para la Armada de la Especiería, como lo fue la Ilustración para la España del siglo XVIII. España y su Armada volvieron a contar en el mundo gracias a estadistas como Patiño y el marqués de la Ensenada, y a marinos como Blas de Lezo y el marqués de la Victoria. Sin embargo, la felicidad duro bien poco. Enredado en las luchas de poder entre caciques locales, murió Magallanes en Mactán; y, enredada por los Pactos de Familia en las luchas europeas entre Inglaterra y Francia, murieron también las ambiciones de España y, con ellas, las de su Armada. Dañada en Trafalgar al servicio de Napoleón, esa Armada que tanto costó construir y que tan necesaria era para mantener el Imperio terminó de desaparecer durante la Guerra de la Independencia.

A partir de la muerte de Magallanes, una expedición sin líder deambuló por el Pacífico Suroeste, dejándose trozos de sí misma —como fue el caso de la *Concepción*, quemada por falta de hombres para dotarla— en un camino que por momentos parecía carecer de objetivos. España, por su parte, igualmente falta de liderazgo, deambulaba por el siglo XIX dejándose también trozos de sí misma —porque eso eran para nosotros los territorios de ultramar—, muchas veces por falta de buques para defenderlos, demostrando así cuánta razón tenía el marqués de la Ensenada cuando un siglo antes decía que «sin marina, no puede ser respetada la Monarquía española, conservar el dominio de sus vastos estados, ni florecer la península, centro y corazón de todo».

Finalmente, ya bajo el liderazgo de Juan Sebastián de Elcano, la Armada de la Especiería cumplió su destino histórico y llegó a las Molucas. También cumplió su destino España que, tras haber completado el notable papel civilizador que le tenía reservado la Historia, seguramente tenía derecho a vivir un siglo XX más tranquilo y más próspero. Sin embargo, como la propia Armada de la Especiería, España, encerrada en sí misma y olvidados los sueños imperiales, se dividió en dos mitades, inspiradas por dos maneras distintas de entender su futuro, atraídas una por las promesas que venían del este y la otra por los aires, mejor conocidos, del oeste. Por desgracia, esta discrepancia no

(3) Recomiendo encarecidamente a los lectores los dos volúmenes de *El León contra la Jauría*, de RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Agustín Ramón.

(4) La diferencia entre leones y osos no es baladí, como insinúa Pedro Muñoz Seca cuando hace decir al carismático personaje de don Mendo: «¡Ved cómo muere un león cansado de hacer el oso!».

se resolvió pacíficamente, como la de Gonzalo Gómez de Espinosa y Juan Sebastián de Elcano, sino en una cruenta Guerra Civil que aún hoy, 80 años después, pesa en nuestra conciencia como pueblo.

La España que sobrevivió a la Guerra Civil tuvo que soportar, como Elcano durante su largo regreso a Sevilla por la ruta portuguesa, un prolongado período de aislamiento —medido en meses para Elcano y en lustros para España— antes de conseguir recuperar su lugar en el mundo. No faltaban motivaciones, como tampoco dignidad y orgullo. «Antes muertos que en manos de los portugueses», nos cuenta Juan Sebastián de Elcano que decían los marinos de la *Victoria*. «Ellos tienen ONU, nosotros tenemos dos», nos cuentan los cronistas que gritaban muchos españoles cuando, al final de la Segunda Guerra Mundial, se negó a España el acceso a las Naciones Unidas.

El caso es que, con el temprano apoyo norteamericano —debe reconocerse que ellos fueron en los años 50 un poco más generosos que los portugueses, que trataron de aprehender a Elcano en Cabo Verde— España entró en la ONU, luego en la OTAN y, finalmente, en la UE. Hoy, nuestra patria es vista por todos —quizá por todos menos por nosotros mismos— como un país moderno, responsable y que asume sus compromisos internacionales. Así pues, cinco siglos después de la llegada de Elcano a Sevilla, podemos decir que España está de vuelta en el tablero internacional. Y, como una muestra más de que nuestra historia es inseparable de la de nuestra Armada, es bueno constatar que, de la mano de esa España que está de vuelta, nuestros barcos vuelven a enseñar hoy nuestra bandera en todos los mares del mundo.

Sin embargo, haciendo balance, es preciso reconocer que ese regreso de España no es completo. Es cierto que estamos de vuelta en el terreno político. También en el económico, donde tal vez no nos hallemos en el pelotón de cabeza, pero hemos acertado un retraso de siglos. Quienes nacimos en la década de los 50, todavía recordamos que en el colegio nos decían que España era un país en vías de desarrollo, un país de emigración, no de inmigración.

Es cierto, por último, que estamos de vuelta en el terreno militar y, muy particularmente, en el naval. Después de haber desaparecido de los mares durante décadas, en las que la Armada careció de peso específico en el escenario internacional; después de haber empezado a reconstruir la fuerza naval a base de unidades anticuadas, dadas de baja por los países vencedores de la Segunda Guerra Mundial, hoy España construye y despliega buques comparables con los mejores del mundo.

Nos queda, sin embargo, una asignatura pendiente, que es esa percepción pesimista de nuestro pasado que tanto afecta a nuestra autoestima. Nos queda superar la valoración negativa de nuestra historia, serenar nuestra perspectiva, y a ello puede ayudarnos un autor extranjero, Rudyard Kipling. En *If*, el poema favorito de los británicos —que vuelve a estar de moda porque, según nos cuentan, está escrito en el túnel por donde Nadal y Federer entran en la pista central de Wimbledon—, Kipling nos dice que solo es hombre quien es



Antonio Machado retratado por Joaquín Sorolla.
(Foto: www.wikipedia.org).

capaz de enfrentarse al éxito y al fracaso y tratar por igual a ambos impostores. Tengo para mí que lo que él atribuye a los hombres —y admitamos que, implícitamente, a las mujeres, pues no se estilaba entonces el lenguaje inclusivo que afea los textos del momento actual— les ocurre también a los pueblos. Cuando los españoles seamos capaces de enfrentarnos a los éxitos y fracasos de nuestra historia y sepamos tratar por igual a ambos impostores, entonces estaremos en condiciones de reclamar el sitio que nos corresponde entre los pueblos del mundo.

Es, pues, importante normalizar nuestra visión de la historia, y no solo por hacer justicia a nuestros antepasados, sino también porque —perdónese-me la insistencia— el camino

no se ha terminado. Como dice H. G. Wells al final de su *Breve Historia del Mundo*: «Lo que el hombre ha hecho hasta ahora, los pequeños triunfos que ha conseguido, toda la historia que acabamos de referir, no son sino un prelude de lo que la humanidad tiene que realizar». Hay mucho que hacer, y si queremos que quede la huella de España en el camino del progreso que, como decía el otro Machado, Antonio, la humanidad debe hacer al andar; si queremos construir el futuro hombro con hombro con otras naciones que hoy por hoy tienen más confianza en sí mismas; si queremos que se escuche nuestra voz —quizá porque la de otros no nos convence del todo—, necesitamos superar nuestros complejos. Es posible que para lograrlo sea útil recordar el legado de nuestros antepasados. Y entre ellos, ¿cuál mejor que el de Juan Sebastián de Elcano, bajo cuyo mando se completó una hazaña que, como hemos visto, tan bien puede asimilarse a nuestra propia historia?

En la carta que a su regreso escribe a Carlos I, Elcano le explica al rey el hallazgo del estrecho que daba paso al Mar del Sur, la llegada a las Molucas y los tratados de paz y amistad acordados con los reyes y señores de las islas de las Especias. No son logros menores, pero el marino prefiere destacar otro,

intuyendo que es todavía más importante: «... y más sabrá Vuestra Majestad que aquello que más debemos estimar y tener es que hemos descubierto y dado la vuelta a toda la redondez del mundo, que yendo por el occidente hayamos regresado por el oriente». Este regreso es para Elcano el logro que justifica todos sus errores y que da valor a cada uno de sus aciertos.

No menos valioso es el regreso de España al tablero internacional. ¿Sabremos los españoles, como el gran marino vasco, aprender a valorar como se merece ese regreso que, mal que les pese a los agoreros, constituye una verdadera hazaña colectiva del pueblo español? Ojalá las conmemoraciones del quinto centenario de la vuelta al mundo, hoy pospuestas por la pandemia del COVID-19, nos ayuden a entender mejor nuestra historia, a desterrar el pesimismo y a convencernos de que, si ponemos en la tarea el mismo empeño que pusieron otras generaciones de españoles, tenemos un gran futuro como pueblo. Ningún otro objetivo podría estar tan a la altura de la hazaña de Juan Sebastián de Elcano.

